

con ellas sobre Castello o sobre Perusa. 3.<sup>a</sup> Y es la última que os hace, desea que mandéis prender al duque de Urbino, si, al saber la detención de Vitellozzo, viniera de Castello a refugiarse en tierras vuestras. Le hice observar que no sería propio de la dignidad de la República que se le entregaran, y que Vuestras Señorías jamás consentirían en ello, observación que fué aprobada por el duque, el cual me dijo que bastaría con que lo retuviérais y no le devolvierais la libertad sin su participación. He prometido a Su Excelencia que pondría todo esto en vuestro conocimiento, y de ello aguardo respuesta.»

Aquella misma noche, ocho hombres enmascarados bajaron al calabozo en el que se hallaban los presos, los cuales creyeron que la hora fatal para ellos había llegado. Pero los verdugos sólo tenían que ocuparse, por el momento, de Vitellozzo Vitelli y de Oliverotto. Cuando se notificó a estos dos capitanes su condena, Oliverotto reprochó a Vitellozzo Vitelli, diciéndole que era la causa de que él, Oliverotto, hubiera tomado las armas contra el duque; en cuanto a Vitellozzo Vitelli sólo dijo que rogaba al papa que le concediera indulgencia plenaria por todos sus pecados.

Los hombres enmascarados hicieron salir entonces a los dos, dejando a Orsini y Gravina esperar a su vez igual suerte, y llevando a los elegidos de la muerte a un sitio apartado, fuera de las murallas de la ciudad, los estrangularon, sepultándolos inmediatamente en dos fosas que de antemano habían sido cavadas con este objeto.

Los otros dos habían sido guardados con vida hasta saber si el papa, por su parte, había hecho prender al cardenal Orsini, al arzobispo de Florencia y al señor de Santa Croce: en cuanto se recibió la respuesta afirmativa, Gravina y Orsini, que estaban prisioneros en el castillo de la Pievre, fueron estrangulados a su vez.

El duque de Valentinois, tan pronto como se hizo la primera ejecución, salió de Sinigaglia dejando instrucciones a Michelotto y asegurando a Maquiavelo que su única idea había sido siempre la de devolver la tranquilidad a la Romaña y a la Toscana, lo cual había creído conseguir con el arresto y la muerte de los causantes de todas las perturbaciones, y que en cuanto a las otras rebeliones que pudiera haber en adelante serían de tan escasa importancia que con poco trabajo se podrían sofocar.

Apenas supo el papa que César tenía en sus manos a sus enemigos, cuando, presuroso a su vez por ganar la misma partida, hizo anunciar al cardenal Orsini, no obstante ser ya media noche, que su hijo se había apoderado de Sinigaglia, por lo que le invitaba a ir al día siguiente por la mañana para entre los dos poder hablar de esta buena noticia. El cardenal, contentísimo de este aumento de privanza, guardóse bien de faltar a la cita. En consecuencia, muy de mañana, encaminóse, montado a caballo, hacia el Vaticano, y al volver la primera calle, encontróse al gobernador de Roma, con un destacamento de caballería, el cual se felicitó por la casualidad que les llevaba por el mismo camino y le acompañó hasta el umbral del Vaticano. Apeóse el cardenal Orsini y comenzó a subir la escalera; pero apenas había llegado al primer descanso cuando ya sus mulas y sus equipajes habían sido encerrados en las caballerizas del palacio. Por su parte, al entrar en el salón del Loro, encontróse, lo mismo que todo su séquito, rodeado por hombres armados que lo condujeron a otro salón, llamado del Vicario, en el que se hallaban el abate Alviano, el protonotario Orsini, Jaime de Santa Croce y Rinaldo Orsini, que como él estaban presos; al mismo tiempo, el gobernador recibía la orden de apoderarse de Monte-Gordano, perteneciente a los Orsini, y sacar de allí las joyas, los tapices, los muebles y la vajilla de plata que encontrara.

El gobernador cumplió fielmente el encargo que había recibido, llevando al Vaticano todo cuanto pudo secuestrar, incluso el libro de cuentas del cardenal. Al consultar ese libro el papa notó dos cosas: una, que el cardenal era acreedor de una suma de dos mil ducados sin que apareciera el nombre del deudor, y la otra, que había sido comprada por el cardenal una magnífica perla por mil quinientos escudos romanos, tres meses antes, la cual no se encontraba entre los objetos que estaban en su poder: que desde aquel momento, y hasta que no fuera reparada esa negligencia en las cuentas del cardenal, los hombres que dos veces al día le llevaban la comida de parte de la madre, no entrarían más en el castillo de Sant'Angelo. El mismo día, la madre del cardenal envió al papa los dos mil ducados, y, al día siguiente, la querida fué en persona, disfrazada de hombre, a llevar la perla reclamada. Pero

Alejandro VI, maravillado de lo hermosa que con aquel disfraz estaba, le dejó la perla, según dicen, por el mismo precio que ella había pagado la primera vez.

El papa permitió que, como antes, llevaran la comida al cardenal, y tres días después de haber sido arregladas sus cuentas, es decir, el 22 de febrero, murió envenenado.

La noche de su muerte, Godofredo Borgia, príncipe de Esquilache, púsose en camino para tomar posesión, en nombre del papa, de las tierras del difunto.

Durante esos días, el duque de Valentinois prosiguió su marcha hacia Cittá di Castello y Perusa, de cuyas ciudades se apoderó sin romper una lanza, porque los Vitelli se habían fugado de la primera, y Juan Pablo Baglioni había abandonado la segunda sin intentar siquiera defenderse. Quedaba todavía Siena, en la que Pandolfo Petrucci, el único que existía de cuantos suscribieron la liga contra César, se había encerrado.

Sin embargo, esa ciudad estaba bajo la protección de los franceses, y, además, no pertenecía a los Estados de la Iglesia, por lo que César ningún derecho tenía sobre ella. Contentóse, pues, con que Pandolfo saliera de allí y se retirara a Lucca, como así lo efectuó.

Entonces, al estar todo tranquilo de aquel lado y sometida la Romaña entera, el duque de Valentinois resolvió regresar a Roma para ayudar al papa a desembarazarse de lo que de los Orsini quedaba.

La cosa era tanto más fácil, cuanto que habiendo experimentado el rey de Francia algunos reveses en el reino de Nápoles, tenía en adelante que cuidar demasiado sus propios asuntos para poder inquietarse de los de sus aliados. De modo que, haciendo en los alrededores de la capital de la Santa Sede lo que acababa de realizar en la Romaña, el duque de Valentinois se apoderó sucesivamente de Vicovaro, Cera, Palombera, Lanzano y Cervetti; y una vez terminada esta conquista, y sin tener más que hacer, pues había sometido los Estados Pontificios desde las fronteras de Nápoles hasta las de Venecia, César se dirigió nuevamente a Roma para concertar con su padre los medios de convertir su ducado en reino.

El duque de Valentinois regresó a tiempo para repartirse con el papa la sucesión del cardenal Juan Miguel, que acababa de morir envenenado por un co-

pero que había tomado por recomendación de Alejandro VI.

El futuro rey de Italia encontró a su padre afanado en una gran especulación: había resuelto crear, con motivo de la fiesta de San Pablo, nueve cardenales.

He aquí lo que ganaba con estos nombramientos:

En primer lugar, los nuevos cardenales dejaban vacantes todos sus cargos, los cuales iban a parar a manos del papa que, a su vez, los vendía.

Cada uno de los elegidos compraba su elección más o menos cara, según su fortuna: el precio, dejado al capricho del papa, variaba de diez mil a cuarenta mil ducados.

Finalmente, como al ser cardenales perdían el derecho de testar, el papa sólo tenía que envenenarlos para ser su heredero; esto le ponía en la situación del carnicero que, cuando necesita dinero, sólo tiene que sacrificar el carnero más gordo de su rebaño.

Verificóse el nombramiento de los nuevos cardenales, resultando elegidos los siguientes: Juan Castellar Valentino, arzobispo de Trani; Francisco Remolino, embajador del rey de Aragón; Francisco Soderini, obispo de Volterra; Melchor Copis, obispo de Brissina; Nicolás Fiesque, obispo de Fréjus; Francisco de Sprate, obispo de Leome; Adriano Castelleuse, pasante de la Cámara, tesorero general y secretario de los breves; Francisco Loris, obispo de Elva, patriarca de Constantinopla y secretario de Alejandro VI; y Santiago Casanova, protonotario y camarero secreto de Su Santidad.

Pagada su simonía y vendidos los cargos que habían dejado vacantes, el papa hizo su elección respecto a los que debían desaparecer. El número se fijó en tres, uno antiguo y dos nuevos: el antiguo era su camarero secreto, Santiago Casanova, y los nuevos fueron el obispo de Brissina monseñor Melchor Copis y monseñor Adriano Castelleuse, que había tomado el nombre de Adriano de Cornetto, por la ciudad donde nació, el cual había reunido una inmensa fortuna en el desempeño de sus cargos de pasante de la Cámara, tesorero general y secretario de los breves.

Decidido esto entre César y el papa, invitaron a los elegidos a ir a cenar a una viña situada cerca del Vaticano, perteneciente al cardenal de Cornetto; desde por la mañana de ese día, que era el 2 de agosto, habían enviado sus cria-

dos y su mayordomo para que lo tuviesen todo dispuesto habiendo hecho entrega César en persona al repostero de Su Santidad de dos botellas de vino preparadas con aquel polvo blanco que se parecía al azúcar, del que tan frecuentemente había probado las propiedades mortales, recomendándole que no sirviera aquel vino sino cuando él se lo dijera, y a las personas que le indicaría. El repostero puso este vino en un aparador aparte, recomendando sobre todo a los criados que no lo tocaran, pues estaba reservado para el papa.

Al atardecer de aquel día, Alejandro VI salió a pie del Vaticano, apoyando en el brazo de César, y se encaminó hacia la viña acompañado por el cardenal Caraffa; pero, como el calor era grande y el camino algo pendiente, cuando llegaron al terreno llano, detúvose el papa un instante para tomar aliento; apenas estaba allí, cuando, al llevarse la mano al pecho, se dió cuenta de que se había olvidado en su alcoba una cadena que acostumbraba llevar al cuello y de la que colgaba un medallón de oro que encerraba una hostia consagrada. Esta costumbre provenía de la predicción que un astrólogo le hizo de que, mientras llevara una hostia consagrada, ni el hierro ni el veneno podrían hacer presa en él; al verse, pues, separado de su talismán, dijo al cardenal Caraffa, después de indicarle en qué sitio de su alcoba se hallaba la joya, que fuese inmediatamente al Vaticano y se la trajese. Luego, como la caminata le había dado sed, sin dejar de hacer señas a su enviado para que apresurara el paso, dijo a un criado que le llevase de beber; César, que su parte también tenía sed, mando, que llevaran dos vasos.

Ahora bien, por una extraña casualidad, ocurrió que el repostero acababa de volver al Vaticano para recoger unos hermosos duraznos que habían regalado aquel mismo día al papa y que se había olvidado de llevar a la viña; el criado dijo al segundo repostero que Su Santidad y monseñor el duque de Romaña tenían sed y habían pedido de beber. Entonces, el segundo repostero, al ver dos botellas de vino apartadas, y recordando haber oído decir que aquel vino estaba reservado para el papa, tomó una de las botellas, hizo que el criado llevara dos vasos en una bandeja, y él mismo les sirvió de aquel vino, que uno y otro bebieron sin sospechar que era el que

ellos mismos habían preparado para envenenar a sus convidados.

Mientras tanto, el cardenal Caraffa corría al Vaticano, y, como era familiar en palacio, tomó una luz y subió a al cámara del papa sin que nadie le acompañara.

La luz se le apagó al volver un ángulo del corredor; sin embargo, como estaba bien informado, continuó su camino pensando que no tenía necesidad de luz para encontrar el objeto que iba a buscar; pero, al abrir la puerta de la cámara, el cardenal se detuvo aterrorizado; acababa de aparecérsese una horrible visión: le parecía tener ante sus ojos, en medio de la cámara, entre la puerta y el mueble que guardaba el medallón de oro, a Alejandro VI, inmóvil y lívido, dentro de un ataúd, y alumbrado por cuatro cirios. Monseñor Caraffa quedóse por un momento con los ojos fijos y los cabellos erizados, sin tener fuerzas para adelantar ni para retroceder; pero, pensando al fin que todo aquello no era sino una alucinación de sus sentidos o una aparición infernal, hizo la señal de la cruz invocando el santo nombre de Dios, y los cirios, el cadáver y el ataúd se desvanecieron inmediatamente, quedando otra vez la cámara en la más profunda obscuridad.

Entonces el cardenal Caraffa, más tarde Pablo IV, por quien ha sido relatado este suceso, entró resueltamente en la cámara, a pesar del frío sudor que inundaba su rostro, fué derecho al mueble, y habiendo encontrado en el cajón indicado la cadena de oro y el medallón, los tomó y salió precipitadamente para llevarlos al papa.

La cena estaba ya servida; los convidados habían llegado todos y Alejandro VI iba a sentarse a la mesa; desde que lo vió venir de lejos, Alejandro, que estaba sumamente pálido, dió un paso hacia él; Caraffa le presentó el medallón, pero, al ir a tomarlo, el papa se echó hacia atrás lanzando un grito al que siguieron violentas convulsiones; pocos momentos después, y al acercarse para socorrerlo, César fué invadido por la misma enfermedad; el efecto había sido más rápido que otras veces, pues César había duplicado la dosis del veneno, y el calor que ambos sentían cuando lo tomaron, aumentaba sin duda su actividad.

Los enfermos fueron llevados al Vaticano uno al lado del otro, pero allí se separaron para ir cada uno a sus habitaciones; desde ese momento no volvieron a verse más.

El papa, apenas estuvo en la cama, sufrió un violento ataque de fiebre que no cedió ni a vomitivos ni a sangrías, y que casi inmediatamente exigió la administración de los últimos sacramentos; sin embargo, su admirable constitución, que parecía haber engañado a la vejez, luchó durante ocho días contra la muerte; finalmente, después de ocho días de agonía, y sin haber nombrado una sola vez a César ni a Lucrecia, los cuales eran, sin embargo, los dos polos sobre los que habían girado todos sus afectos y todos sus crímenes, murió a los setenta y dos años, después de un reinado de once.

En cuanto a César, ya fuese que bebió menos cantidad del fatal brebaje, o que la fuerza de su juventud venciese la del veneno, o bien en fin, como algunos dijeron, que al entrar en sus habitaciones tomase un contráveneno sólo de él conocido, no perdió un instante de vista la terrible posición en que se encontraba, y, habiendo hecho llamar a su fiel Michelotto con aquellos de sus hombres con los cuales podía contar más, distribuyó la tropa en las diversas cámaras que precedían a la suya, ordenando al jefe que ni un solo momento se separase del pie de su cama y durmiera acostado sobre un cobertor y empuñando la espada.

Igual tratamiento se empleó para César que para el papa, pero, a los vomitivos y a las sangrías añadieron unos baños extraños, que el mismo César pidió, pues había oído decir que en otro tiempo y en un caso parecido, habían curado al rey Ladislao de Nápoles. Cuatro postes fueron levantados en su cámara, los cuales parecían un potro de herrar caballos y bueyes; diariamente traían allí un toro, lo tumbaban sobre el lomo y lo ataban por las cuatro patas a los cuatro postes; una vez sujeto de ese modo le hacían una incisión de pie y medio en el vientre, por donde le eran sacadas las tripas, entrando después César en aquella tina viviente a tomar un baño de sangre; muerto el toro, César salía para envolverse en cobertores muy calientes, sintiéndose luego de profusos sudores casi siempre aliviado.

Cada dos horas, César enviaba a saber cómo estaba su padre; cuando supo que había muerto, y no obstante hallarse él mismo moribundo, apeló a aquella fuerza de carácter y a aquella presencia de espíritu que le eran habi-

tuales, y ordenó a Michelotto que cerrara las puertas del Vaticano antes que se esparciese por la ciudad el rumor de que el papa había fallecido, prohibiendo la entrada en las habitaciones de Su Santidad, sin excepción alguna, hasta que se sacaran de allí los documentos y el dinero. Michelotto obedeció en seguida; buscó al cardenal Casanova, al que obligó, con el puñal en la garganta a entregarle las llaves de las cámaras y gabinetes del papa, y, guiado por el mismo cardenal, sacó de allí dos cofres llenos de oro, que podían contener unos cien mil escudos romanos en moneda, varias cajas llenas de joyas y gran cantidad de vajilla de plata y de vasos preciosos, todo lo cual fué transportado a la cámara de César; los destacamentos que lo guardaban fueron doblados, y después, abriéndose nuevamente las puertas del Vaticano, proclamóse el fallecimiento del papa.

Aunque esta muerte se esperaba, no por eso dejó de causar terrible efecto en toda la ciudad, pues, no obstante vivir aún César, su enfermedad tenía a todos en suspenso: indudablemente, si el valiente duque de Romaña, si el poderoso *condottiere* que en el espacio de cinco años había apoderado de treinta ciudades y quince fortalezas hubiera estado con la espada en la mano, montado en su caballo de batalla, las cosas no habrían estado ni por un momento vacilantes o inseguras; porque, como más tarde dijo él mismo a Maquiavelo, su genio ambicioso lo había previsto todo para el día en que el papa falleciera excepto que él podía encontrarse moribundo; pero se hallaba sepultado en su lecho, sudando su agonía envenenada; de modo que, no obstante conservar la imaginación, había perdido el poder y tenía que esperar y pasar por lo que sucediera, cuando hubiera necesitado anticiparse a los sucesos y dominarlos.

De modo que se vió obligado a regir sus actos, no según su plan, sino de acuerdo con las circunstancias. Sus enemigos más encarnizados, los que podían estrecharlo más de cerca, eran los Orsini y los Colonna; pero a los unos les había tomado la sangre, y a los otros los bienes, y dirigiéndose a los que podía devolver lo que les había tomado, entabló negociaciones con los Colonna.

Mientras tanto, procedíase al entierro del papa; el vicescanciller había enviado órdenes a los altos miembros del

clero, a los superiores de los conventos y a los cofrades de los seculares para que, bajo pena de ser despojados de sus dignidades y oficios, no faltaran, y, siguiendo la costumbre, fuesen cada uno con su compañía al Vaticano para asistir a los funerales del pontífice; en virtud de esa orden, todos se presentaron, el día y hora fijados, en el palacio pontifical, de donde se debía trasladar el cuerpo a la iglesia de San Pedro, para ser enterrado allí. El cadáver encontré solo y abandonado en la cámara mortuoria, pues todos los que llevaban el apellido Borgia, excepto César, habíanse escondido, por no saber lo que iba a ocurrir, e hicieron bien, porque algunos días después, habiendo encontrado a uno de ellos solo Fabio Orsini lo mató a puñaladas, y en señal del odio que mutuamente se habían jurado, se lavó la boca y la mano con su sangre.

Por lo demás, era tanta la agitación en Roma, que, en el momento en que el cadáver de Alejandro VI iba a entrar en la iglesia, se elevó uno de esos rumores como los que en tiempo de tormentas populares pasan de pronto por los aires, produciéndose en el mismo instante tan gran perturbación en el cortejo que los guardias se formaron en batalla, el clero se refugió en la sacristía, y los que conducían el ataúd dejáronlo caer al suelo; entonces el pueblo, rasgando el paño que lo cubría, dejó a la vista de todos el cadáver del que, quince días antes, de un extremo del mundo al otro, hacía temblar a príncipes, reyes y emperadores.

Sin embargo, por ese respeto que instintivamente se siente hacia los muertos, y que es la única religión que sobrevive a todas, hasta en el corazón de los ateos, el ataúd fué recogido y llevado al pie del altar mayor de San Pedro, en donde fué dejado expuesto a la vista del público; pero el papa se había deformado tanto y puesto tan negro, que daba horror verle: de la nariz le salía una materia sanguinolenta; tenía la boca espantosamente abierta, y la lengua, hinchada de un modo descomunal, se la llenaba por completo; a este horroroso aspecto se unía una fetidez tan grande, que no obstante ser costumbre, en los funerales de los papas, besar la mano que ha llevado el anillo del Pescador, no hubo ni siquiera uno que se presentara a dar al representante de Dios en la tierra esa última prueba de religión y de respeto.

Hacia las siete de la tarde, es decir, a la hora en que la naciente obscuridad añade tan gran tristeza al silencio de las iglesias, cuatro mozos de cuerda y dos carpinteros se encargaron de conducir el cadáver a la capilla donde debía ser sepultado, y, después de sacarlo del catafalco de lujo, lo pusieron en el ataúd que debía ser su última morada; pero sucedió que el féretro era demasiado corto, resultando que el cuerpo no cabía más que doblándole las piernas y haciéndolas entrar a grandes puñadas; entonces los carpinteros colocaron la tapa, y, mientras que uno estaba sentado encima, para obligar a doblarse a las rodillas, los otros la clavaron en medio de bromas shakespearianas, última oración fúnebre que suena en los oídos de los poderosos, siendo después colocado, según Tommaso Tommasi, a la izquierda del altar mayor, bajo una losa de bien poco valor.

Al siguiente día encontré escrito sobre la piedra este epitafio:

VENDIT ALEXANDER CLAVES, ALTARIA, CHRISTUM:  
EMEBAT ILLE PRIVUS, VENDERE JURE POTEST.

Alejandro vendió las llaves, el altar y a Cristo:  
Después de todo, podía venderlos, porque antes los compró.

Por el efecto que en Roma produjo la muerte de Alejandro VI, puede juzgarse del que causó no sólo en toda Italia, sino en el resto del mundo. Europa se sintió por un momento conmovida, porque la columna que sostenía la bóveda del edificio político habíase hundido y acababa de apagarse el astro de miradas de fuego y de sangrientos destellos a cuyo alrededor desde hacía once años gravitaba todo; tanto, que el mundo, inmovilizado de repente, quedóse por un instante en las tinieblas y el silencio.

Pasado el primer momento de estupor, todo aquel que tenía una injuria que vengar, se sublevó y acudió al reparto. Sforza recuperó a Pésaro, Baglioni a Perusa, Guido Ubaldo el ducado de Urbino, y la Rovère a Sinigaglia; los Vitelli entraron nuevamente en Città di Castello, los Appiani en Piombino, y los Orsini en Monte-Giordano y en sus otros Estados: únicamente la Romaña permaneció fiel e inmóvil, porque el pueblo, que nada tenía que ver en las querellas de los grandes, mientras no llegasen hasta